

y lugares que cada cual podía y á disputarse tal cual fortaleza y castillo (1), sacó de allí gente para enviarla á Italia con el duque de Aumale, y con esto juntó Brissac un ejército bastante respetable. Largo y fuera de nuestro propósito sería detenemos á referir los variados lances de esta guerra y los mutuos descalabros de imperiales y franceses. Baste decir que no sacó el de Alba el fruto que el emperador se prometía, y que era de esperar de la gran reputación con que en Italia había entrado. Manejóse por el contrario Brissac con tal inteligencia y destreza, que no solamente conservó los territorios y lugares de que antes se apoderara, sino que añadió algunas nuevas conquistas en el Piamonte, hasta que tuvo el de Alba que retirarse á cuarteles de invierno, principalmente por falta de recursos con que pagar la gente de guerra, así la que obraba activamente como la de los presidios, que con harta trabajo percibía de tiempo en tiempo alguna paga (2).

A punto estuvo el emperador de adelantar por medio de una conspiración en su favor mas que por las lánguidas campañas de Flandes y del Piamonte, faltando poco para que le fuera entregada la ciudad de Metz, la mas importante conquista que habían hecho los franceses. El autor de la conspiración era el guardián del convento de San Francisco de aquella ciudad, llamado fray Leonardo. Este hombre concibió el proyecto de entregar la ciudad á Carlos V, acaso porque creyera que le había de remunerar mejor que los franceses. La confianza ilimitada de que gozaba con el de Guisa le ponía en aptitud de obrar con el desembarazo y seguridad de quien sabe que no inspira recelos.

El plan del padre Leonardo era ir introduciendo en el convento cierto número de soldados escogidos del emperador vestidos de frailes. Cuando hubiera ya los que él calculaba suficientes, se acercaría una noche el gobernador imperial de Thionville con buena huete en ademán de escalar los muros, y cuando los soldados de la guarnición acudieran á rechazarlos, los frailes pegarian fuego á la ciudad por diferentes partes. En el aturdimiento y confusión que esto produciría, saldrían del convento los supuestos religiosos, y acometerían por la espalda á los defensores de la población y facilitarían la entrada á los imperiales. El premio de la conjuración sería la mitra de Metz para el padre Leonardo, y una recompensa correspondiente á los demás de la comunidad. Por desgracia suya, y por uno de esos incidentes que en tales casos suelen ocurrir, tuvo aviso el gobernador Villevielle, de que se tramaba algo en el convento de los franciscanos; se personó allá con el mayor sigilo; descubrió los soldados ocultos, prendió al guardián y á los frailes, y les hizo declarar el plan de la conjuración.

Era precisamente el día en que esta había de ejecutarse, y no contento el gobernador con haberle frustrado y deshecho, preparó una emboscada para sorprender á los imperiales que habían de venir de Thionville aquella noche. En efecto, marchaban aquellos confiadamente cuando se vieron bruscamente atacados por los de la celada, y casi todos fueron ó muertos ó prisioneros. Vuelto el gobernador á Metz, mandó que se formara proceso á los conspiradores, y probado y confesado el delito, fueron sentenciados á muerte el guardián y veinte frailes mas. Puestos todos en una sala de la cárcel la víspera de llevarlos al suplicio para que se confesaran unos á otros, comenzaron los mas jóvenes á inculpar con acritud al guardián y á los mas ancianos de haberlos traído con sus seducciones al trance fatal en que se veían; de unas en otras palabras se fueron acalorando, y pasando de las quejas á las vias de hecho, acabaron por asesinar al guardián y maltratar duramente á los otros. Al día siguiente fueron todos conducidos al patíbulo, llevando en un carro el cadáver del padre guar-

(1) Allí murió, en Charlemont, el distinguido general flamenco Martín Van Rossen. Díjose que le habían envenenado en una paloma cocida, de que él gustaba mucho, por envidia del favor que gozaba con el emperador. Sucedióle Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, que levantó un castillo con el nombre de Philippeville en gracia del príncipe don Felipe.

(2) Guichenon, Hist. Genealogique de la maison de Savoie, tom. I.—Sandoval, lib. XXXII, pár. 7 á 28.

dian. Parece que los seis mas jóvenes fueron indultados. Tal y tan triste remate tuvo la conspiración de los franciscanos de Metz (3).

Las guerras entre Carlos V y Enrique II en Flandes, en Francia y en Lombardía habían sido causa de diferirse la celebración de la Dieta imperial en que, según el tratado de Passau de 1552, debían resolverse definitivamente las cuestiones religiosas de Alemania. Al fin se tuvo este año (1555) en Augsburgo, y á causa de los males que trabajaban y tenían casi impedido al emperador, la presidió su hermano Fernando, rey de romanos. Expuso en ella Fernando el gran deseo que al César y á él animaba de poner término á las disensiones religiosas que tanto habían agitado al imperio. Ponderó lo que el emperador su hermano había trabajado por la celebración del concilio general, manifestó las dificultades que entonces había para que este volviera á reunirse, é indicó su esperanza de que obrando la Dieta con sensatez, y discutiéndose los puntos de la doctrina religiosa entre varones doctos y moderados de uno y otro partido, se podría venir, si no á una completa unidad de sentimientos, por lo menos á una mutua y provechosa tolerancia.

Nacia esta tolerancia de Fernando para con los protestantes de dos principales causas. Era la una, que los necesitaba, como en otra ocasión ya hemos visto, para que le ayudaran á defender la Hungría contra los turcos. La otra, y no menos principal, era, que sabiendo el empeño que Carlos V su hermano tenía en transmitir el trono imperial á su hijo Felipe, y estando él resuelto á no ceder un ápice de sus pretensiones á la sucesión del imperio, conveniale mucho no disgustar, y si atraerse la voluntad de los príncipes electores, muchos de los cuales eran luteranos.

Con este propósito procuró dar y dió tan hábil giro á las discusiones de la asamblea, que despues de cruzarse varias pretensiones de católicos y reformistas en opuesto sentido, consiguió que todos llegaran á convenir en una conciliación fundada en las bases siguientes: que los protestantes pudieran profesar y ejercer libremente la doctrina y culto de la confesión de Augsburgo, sin ser inquietados por nadie, y que al mismo tiempo los católicos no serian tampoco turbados en la profesión y ejercicio de sus dogmas y ceremonias: que las disputas religiosas que en lo sucesivo pudieran ocurrir se habrían de resolver por el solo y pacífico medio de las conferencias. Tal fué el famoso decreto de la Dieta de Augsburgo de 1555, y tal el desenlace que al cabo de tantos años de sangrientas guerras y turbaciones se dió á las célebres disputas religiosas de Alemania, con tanta ventaja de los protestantes como daño de la unidad católica romana (4).

Durante la Dieta murió el papa Julio III (23 de marzo, 1555). Sucedióle en la silla pontificia el cardenal Marcelo Cervino, que como Adriano VI, á quien se asemejaba en las virtudes, conservó en el pontificado su antiguo nombre, y se llamó Marcelo II. Enemigo del nepotismo, prohibió á sus sobrinos hasta presentarse en Roma. Animábanle los mas puros y santos deseos en favor de la cristiandad, y se esperaban de él grandes cosas, pero la muerte, que le arrebató á los veintidós días de su elevación, privó á la Iglesia de las esperanzas que fundaba en sus virtudes.

Muy otro era el carácter del cardenal Juan Pedro Caraffa, que sucedió á Marcelo en la Santa Sede (23 de mayo, 1555) con el nombre de Paulo IV. Fundador del orden de teatinos, á cuya comunidad se había asociado, mostrando siempre mas afición á la pobreza, al recogimiento y á la austeridad monástica que á las altas dignidades, mudó enteramente de costumbres desde el momento de su exaltación á la cátedra de San Pedro, á pesar de los ochenta años que ya contaba. Habiéndole preguntado su mayordomo cómo quería que se le tratara en su nuevo estado, respondió: *Con magnificencia, como conviene á príncipes*. Por lo tanto, la coronación del antiguo teatino fué

(3) Cuenta Robertson este suceso, refiriéndose á unas Memorias del mariscal Villevielle.

(4) Sleidan, Maimbourg, Seckendorf, y demás historiadores de la Reforma.—Pallavic. y Sarpi, Hist. del concilio de Trento.—Sandoval, Robertson y demás historiadores de Carlos V.

la mas suntuosa que se había visto hasta entonces; y su ostentación y liberalidad, por lo mismo que eran inesperadas, halagaron tanto al pueblo romano, amante del boato y de la pompa, que le levantaron una estatua de mármol, y crearon para la guardia de su persona un lucido escuadrón de ciento veinte caballeros. Al revés de su antecesor Marcelo, manifestó tanta afición al nepotismo, que en su primera promoción no creó sino un solo cardenal, que fué su sobrino Carlos Caraffa, cuyas costumbres no eran ciertamente las mas adecuadas al estado eclesiástico, y al otro hijo de su hermano le nombró gobernador de Roma. Y el que hasta entonces había parecido tan humilde y templado, desplegó á la edad octogenaria un genio tan receloso y suspicaz y una condición tan fuerte y recia, que admiró á todos (1).

Aborrecía el nuevo pontífice al emperador Carlos V, por la oposición que los cardenales del partido imperial habían hecho á su elección. Concitaban y alimentaban mas esta enemistad sus dos sobrinos y favoritos, por quejas que tenían del César, que no los había tratado con la distinción que creían era debida á su nacimiento (2). Valíanse de toda clase de artificios para indisponer á su tío, mas de lo que ya estaba, con el emperador, y para excitarle á que hiciera contra él alianza ofensiva y defensiva con el rey de Francia. Ya consiguieron que enviara al francés un embajador haciendo ventajosas proposiciones para unir sus fuerzas á fin de quitar á Carlos el ducado de Toscana y el reino de Nápoles, que los dos se repartirían buenamente. Aconsejaba al rey Enrique el condestable Montmorency que desechara semejante confederación, fundándose principalmente, aparte de otros inconvenientes, en los pocos años de vida que prometía la avanzadísima edad del papa. Pero animado en contrario sentido por el duque de Guisa y por su hermano el cardenal de Lorena, que ambos llevaban en ello un interés personal, accedió á enviar al de Lorena á Roma con amplios poderes para tratar con el pontífice. Cuando Paulo IV comenzaba á fluctuar de nuevo entre el deseo y el temor de romper abiertamente con Carlos V, llególe la nueva del decreto de la Dieta de Augsburgo. La tolerancia que en él se establecía con los herejes luteranos, le hizo prorumpir en arrebatos de ira y en coléricas imprecaciones contra el emperador y contra el rey Fernando. Considerando la resolución de la asamblea como una usurpación escandalosa de la jurisdicción pontificia, declaró nulas sus decisiones, amenazó al embajador imperial con los efectos de su venganza si no se revocaban, y para que el emperador no se excusara con el compromiso adquirido, le relevó, en uso de su autoridad apostólica, de sus promesas y obligaciones, y aun le prohibió cumplirlas. Con estas disposiciones, que sus sobrinos cuidaban bien de alimentar, fácil le fué al cardenal de Lorena inducirle y resolverle á firmar el tratado con Francia bajo las condiciones que ya había propuesto su legado en Paris, si bien conviniendo en tener secreta la confederación hasta que todo estuviera preparado y pronto para obrar.

Era esto tanto mas notable y extraño, cuanto que cansados ya de tantas guerras el emperador y el rey de Francia, trataban de ajustar en Cambray una tregua de cinco años, que había de empezar á correr desde febrero de 1556 (3). Este pensamiento disgustó á muchos italianos, y principalmente á la familia Caraffa, y mas señaladamente todavía al pontífice Paulo IV (4).

(1) Castaldo, Vida de Paulo IV.—Artaud de Montor, Vidas de los Soberanos Pontífices.—«Sacó, dice Sandoval, de aquellas cenizas de su viejo pecho unas brasas de cólera é indignación... etc.» Lib. XXXII, p. 2.

(2) Uno de ellos había servido en el ejército imperial, y se había pasado despues á las banderas de Francia. Era amigo del general Strozzi que mandaba el ejército francés en la sublevación de Siena.

(3) Las bases de esta tregua eran: que cesasen en este tiempo las hostilidades en los reinos y estados de ambas coronas; que cada una de las partes retuviese lo ocupado hasta entonces; que el que faltare voluntariamente á lo pactado fuese castigado con pena de muerte; que se respetasen las tierras que de presenta poseía el duque de Saboya; que no se comprendiese en la tregua ni á Alberto de Brandeburg ni á los rebeldes y forajidos napolitanos; que ningún francés pudiese pasar con mercancías á las Indias sin licencia de Su Majestad imperial.

(4) El obispo Sandoval se expresa con este motivo acerca del papa

Los tratos entre el pontífice y el francés no estuvieron tan secretos que no los supiese el emperador; pero procediendo en este caso con una moderación ejemplar tanto él como su hijo Felipe, rey de Inglaterra y de Nápoles, sin perjuicio de aperebir para lo que necesario fuese al duque de Alba, al de Florencia, á Fernando de Gonzaga, á don Bernardino de Mendoza y á otros generales, acordaron los dos enviar á Roma á Garcilaso de la Vega como embajador con instrucciones públicas y privadas (dadas en Bruselas á 4 y 7 de octubre, 1555), para que viese de apartar al pontífice del mal paso en que con el de Francia se había empeñado. En unas y otras instrucciones encargaban á Garcilaso que se hubiese con el Santo Padre con el respeto y templanza que él sabría usar; lo cual fué mejor recomendado que cumplido, puesto que la dureza del papa puso al embajador español en el caso sensible de decir también á Paulo IV cosas hartas fuertes y amargas, y con tanto valor y brio que le costó sufrir estrecha prisión en el castillo de Sant-Angelo, dejando en Roma memoria de su entereza (5).

En tal situación, un acontecimiento inesperado, grande, ruidoso, importantísimo, vino á asombrar á los príncipes y á variar la faz de los negocios políticos de Europa. Nos referimos á la célebre abdicación que el emperador Carlos V hizo de los Estados de Flandes y Brabante (28 de octubre) en su hijo el príncipe don Felipe, y á la cesión que poco tiempo despues hizo en el mismo príncipe (16 de enero, 1556) de la corona de España y de todos los dominios de ella dependientes en el antiguo y en el nuevo mundo, dando á los dos mundos el sublime y raro ejemplo de desprenderse voluntariamente de tanta grandeza y tanto poder para cambiarla por la humilde y silenciosa vivienda de un claustro.

Mas como quiera que este gran suceso merezca ser considerado separada y detenidamente, y hayamos llegado á la época y punto que en este capítulo nos propusimos, hacemos aquí alto; porque ya es tiempo también de dar cuenta de lo que, ya en otras partes, ya en la España misma, había acontecido durante este largo periodo que pasó el emperador allá en Alemania y en Flandes.

## CAPÍTULO XXX

### AFRICA

#### Dragut

DE 1540 Á 1555

Quién era Dragut.—Su carrera al servicio de Barbaroja.—Cae prisionero de Andrés Doria.—Recobra su libertad.—Sus progresos en la piratería.—Persiguenle los almirantes y generales del imperio.—Se apodera de la ciudad de Africa.—Empléase contra él todo el poder marítimo del emperador.—Sitio de Africa por los cristianos.—El virey de Sicilia: el almirante Doria: don García de Toledo: el gobernador de la Goleta.—Combate con Dragut.—Llegan refuerzos de Italia á los imperiales.—Atacan reciamente la ciudad.—Heróica defensa de los turcos y moros.—Entranla los cristianos.—Combates sangrientos en calles y plazas.—Dominan los imperiales la población.—Muertes de españoles ilustres.—Es asolada la ciudad.—Dragut en las costas de Italia.—Malta asaltada por los turcos: son rechazados.—Conquista el turco á Trípoli.—Sinan y Dragut en Córcega.—Conquista de Bonifacio.—Piérdese Bugía.—Fórmase proceso al gobernador de Bugía, y es decapitado en la plaza de Valladolid.

Como si fuera poco el movimiento y el tráfigo que en toda la extensión y de uno á otro confin del continente europeo traía Carlos V, tampoco faltaba nunca quien distrajera su atención y sus fuerzas en los mares, quien inquietara sus posesiones de una y otra costa del Mediterráneo, y quien le disputara los dominios litorales de Africa y de Europa.

Paulo IV en los duros términos siguientes: «Mucho menos (dice) contentó esta tregua al papa Paulo IV, que con su vieja pasión ardía aquel sujeto seco, y sin poder mas fingir la santidad con que tanto tiempo había engañado, quitando la máscara á su hipocresía, antes que este año se acabase movió la guerra y perturbó la paz en odio del emperador, moviéndose contra Marco Antonio Colona, y tratando con el rey de Francia de ganar el reino de Nápoles.» Lib. XXXII, pár. 29.

(5) Archivo de Simancas, Estado, Roma.—Sandoval, lib. XXXII, párrafo 31.



Parecía que después de haberse visto libre el emperador del famoso corsario Barbaroja, no debía esperarse que el ejercicio de la piratería produjera otro hombre y otro genio que se atreviera, como aquel, á desafiar el poder marítimo de quien dominaba la tierra y los mares de dos mundos. Y sin embargo, fué así. Que en aquel siglo diríase que el mar disputaba á la tierra la producción de genios aventureros y osados en todas las clases y categorías sociales. Había, pues, dejado Barbaroja un sucesor y discípulo, educado en el ejercicio práctico de las campañas marítimas, que había de corresponder bien á las lecciones y al ejemplo de tan digno maestro. Este hombre se llamaba Dragut. Natural de una aldea de la Natolia, en el Asia Menor, é hijo de padres ni mas ricos ni mas nobles que el alfarero de Lesbos, salió de niño, como Haradin y su hermano, á correr el mar al servicio de un arreez de su tierra. Habiendo venido á poder de Barbaroja y empleándole este en sus destructoras correrías, conoció su disposición y su destreza para el oficio, y cuando ya era hombre le dió una fusta y patente de capitán para que le obedeciesen como á él los corsarios turcos. Corrió Dragut el Adriático, apresó unas galeras mercantes venecianas, reuniéronsele á poco tiempo otros piratas, y los daños que hacía y la fama de su audacia y de su sagacidad no tardaron en hacer necesario emplear contra el nuevo Barbaroja las naves imperiales.

Despachó, pues, el príncipe Andrés Doria á su sobrino Joannetin con diez galeras la vía de Mesina, de cuyo puerto, uniéndose al general de las de Sicilia don Berenguer Dolmos, partieron los dos en busca y persecución de Dragut (31 de mayo, 1540). Sorprendiéronle en Cerdeña cerca de Bonifacio (15 de junio), acometieron reciamente sus naves, y deshecha su gente, hicieron prisionero á Dragut con otros de sus capitanes: y Joannetin Doria, después de dar libertad á los cautivos, regresó llevando consigo al jefe de los corsarios para presentarle á su tío el príncipe almirante.

Rescatado á los cuatro años de cautiverio por Barbaroja (1544), y recibiendo de su libertador una galeota de guerra y patente de general de todos los corsarios moros y turcos que andaban por los mares, dióse Dragut tan buena maña, y fué tan arrojado en sus correrías y tan afortunado en sus presas, que á los dos años mandaba catorce naves propias bien armadas, y con estas y con las de los corsarios turcos que se le agregaron juntó veintiseis leños. Sintióse ya bastante fuerte para manejarse con independencia, se emancipó de Barbaroja, y pasó á la isla de los Gelbes, donde casó con la hija de un rico turco, con lo cual, acreciendo su fortuna y su armada, se hizo temible en las costas de los dominios cristianos. Los vireyes de Nápoles y de Sicilia, don García de Toledo y Juan de Vera, salieron con la armada imperial en su busca (1547), y anduvieron todo un verano sin poder encontrarle. Mas sagaz que ellos Dragut, como supiese al año siguiente (1548) que todas las naves de Nápoles, de Sicilia y de Génova habían venido á España á trasportar al príncipe don Felipe á los Países Bajos, marchó sobre Nápoles, llegó cerca de Puzol, hizo muchos cautivos en Castellamare, apresó una galera de los caballeros de Malta que llevaba á Nápoles veinte mil ducados, y con estas y otras presas volvió en salvo á los Gelbes á gozar de sus despojos.

Muy arrepentido ya el príncipe Doria de haber dado libertad al corsario turco, partió él mismo en persona de Génova con buena armada y escogida gente (1549), y tomando mas naves y mas hombres en Nápoles y Sicilia, y dirigiéndose á la costa africana, arribó á Monastir, villa y castillo del reino de Túnez, y después de muchas diligencias y muchos rodeos tuvo que volver á Génova con el sentimiento de no haber podido dar alcance á Dragut. Conoció el corsario que no podía ya vivir seguro, habiendo concitado contra sí el poder naval de Carlos V, si no se hacía dueño de algun lugar fuerte. Era la ciudad llamada Africa (*Turris Amibalis*), á veintiocho leguas de Túnez, y á ello encaminó sus planes. Uno de los gobernadores, llamado Brambarac, á quien él había logrado seducir, le facilitó una noche la entrada en la ciudad por sorpresa con todos los suyos. La ciudad de Africa era de por sí fortísima por su posición, y Dragut la fortificó mas. Tomó para mayor seguridad veinticinco principales moros en rehen-

nes, y se embarcó de nuevo á hacer sus correrías de corsario (1550).

Sus progresos, y los daños que hacía ya á la cristiandad obligaron á que el almirante Doria saliera otra vez en persecución de Dragut con galeras de Génova, del papa, de Nápoles y de Sicilia, en número ya de cincuenta y tres. Arribó la armada á la costa del reino tunecino, y siguió navegando hasta la Goleta, que gobernaba entonces Luis Perez de Vargas. Tuvose allí consejo de generales, y aunque hubo encontrados pareceres, acordóse poner sitio á la ciudad de Africa. Mas como practicado un reconocimiento, aun con ayuda de un cuerpo de alárabes del país (junio, 1550), se viese las dificultades que ofrecía la conquista, fué necesario aumentar la armada y reforzarla con naves, hombres, dinero, vituallas, artillería y municiones, que el mismo Doria vino á buscar á Italia. Todos quisieron cooperar, y aun concurrir personalmente á la empresa. El virey de Sicilia, Juan de Vera; el hijo del de Nápoles, don García de Toledo; el duque de Florencia, Cosme de Médicis; el gobernador de la Goleta, Luis Perez de Vargas, los mejores generales de la marina imperial, formaron empeño en acompañar á Doria á esta jornada, y con ellos y con gran refuerzo de hombres y navios volvió á Africa llevando consigo al destronado rey de Túnez Muley Hacén y á su hijo, á quienes se proponía hacer reconocer. Vióse, pues, otra vez casi todo el poder marítimo del emperador distraído de sus atenciones de Europa, y ocupado en ver de destruir un nido que un corsario se había hecho en una roca de la costa africana.

La empresa no se presentaba mas fácil que lo que había parecido en el primer reconocimiento. Los nuevos súbditos de Dragut juraron sobre el Koran defenderse hasta morir. La armada cristiana comenzó sus operaciones de sitio, empleando toda clase de armas, y cuanto el arte pudo sugerir á aquellos veteranos guerreros del imperio. Con fuego vivo respondía la plaza al del campamento cristiano, y entre los medios de defensa que emplearon los turcos, fué uno el de sembrar de clavos, puntas de maderos y abrojos las calles por donde los cristianos pudieran entrar. Algunos asaltos que estos intentaron no produjeron sino la muerte de varios de sus mas bravos capitanes. Menester les fué al virey de Sicilia y al príncipe Doria, jefes de la gente de tierra y de mar, enviar á pedir nuevos auxilios á Nápoles, á Sicilia y á la Goleta, y rogar al emperador les enviara mas artillería y municiones, y aun mas infantería; y Carlos V, que se hallaba á la sazón en la Dieta de Augsburgo (julio, 1550), ordenó al gobernador de Milan, Fernando de Gonzaga, y avisó al duque de Florencia y á la señora de Génova que de su cuenta suministrasen cuanto de Africa les fuese pedido. Llegó, pues, toda clase de socorros al sitio y campamento de Africa, y todo les parecía poco al virey y al almirante (1).

Un día (25 de julio), fueron avisados de haberse descubierto algunos moros en la montaña y á la parte de un olivar donde solian ir los soldados imperiales á proveerse de leña, y que sospechaban fuesen gente enviada por Dragut en socorro de la ciudad. Pero era el mismo Dragut en persona que había acudido allí con cuatro mil hombres. El famoso corsario no se hallaba en Africa cuando llegó la armada imperial ni cuando comenzó el sitio. Encontrábase entonces corriendo y molestando la costa española del reino de Valencia, llamado y auxiliado por algunos rebeldes moriscos valencianos. Su mujer fué la que le avisó desde los Gelbes de la novedad que ocurría en Africa. Lleno de pesadumbre y de enojo, tomó inmediatamente rumbo Dragut hácia los Gelbes á recoger cuanta gente y cuantas naves pudiera, y cuando hubo reunido por su cuenta cerca de cuatro mil moros, envió al gobernador de Africa Hesarraez un correo, que tuvo maña para entrar en la ciudad á nado, advirtiéndole que para el día 25 se hallaría con su hueste frente al campo de los cristianos, y ordenándole que cuando supiese que estaba ya peleando con los imperiales saliera de la ciudad con su gente y procurara juntarse con él.

Así lo cumplió Dragut, y era el movimiento que los impe-

(1) En este tiempo murió de enfermedad en el campamento cristiano el destronado rey de Túnez Muley Hacén, cuyos dos hijos quedaban allí.

riales habían sentido á la parte de la montaña y del olivar. Dispusieron pues el virey y el almirante que los leñadores que habían de ir al monte fuesen reforzados con algunas compañías. Marchaban delante el gobernador de la Goleta, Luis Perez de Vargas, y á la entrada del olivar se encontraron á tiro de arcabuz con la gente del terrible corsario. Adelantóse Dragut, y dando un horrible grito arrojó su lanza al escudron de los imperiales, y á su ejemplo y en medio de una salvaje gritería dispararon los suyos flechas, piedras y partesanás. Contestaron los imperiales con sus arcabuces y se trabó una reñida refriega. Al ruido de la pelea, y prevenido ya el príncipe Doria, hizo jugar la artillería de las naves haciendo lo mismo con la de tierra don García de Toledo. Un tiro de los moros atravesó de parte á parte el cuerpo de Luis Perez de Vargas, que quedó sin vida en el acto, y como Dragut conociese ser persona principal y mandara que le llevasen el cadáver, precipitáronse los españoles á arrebatarle de entre las manos y se hizo mas reñida la batalla, combatiendo «espada contra alfanje, pica contra lanza y arcabuz contra escopeta.» Envió don García de Toledo los mejores capitanes en socorro de los que allí peleaban; pero al propio tiempo el gobernador de Africa, Hesarraez, fué destacando banderas de turcos de la ciudad en auxilio de Dragut, de modo que se hizo general la pelea en las trincheras, en el campo, en el olivar, en todas partes, jugando unos y otros todo género de armas. Duró el combate mas de cinco horas, y murieron muchos de uno y otro campo.

Cristianos y turcos se convencieron de que para vencer á sus contrarios necesitaban doblada gente de la que tenían, y pidieronla los de Africa al rey de Túnez, los cristianos al emperador Carlos V, que otra vez hizo que contribuyeran con soldados, artillería, municiones y dinero las repúblicas de Génova y Luca, el duque de Florencia y el virey de Lombardia. Con este nuevo refuerzo llegó al campo de los imperiales el ingeniero siciliano Andrónico de Espinosa (agosto, 1550), el cual activó y mejoró las obras de defensa y de ataque; desde una sola batería jugaron la mañana del 28 de agosto veintidos piezas de grueso calibre, que desplomaron una parte del muro, si bien lo ancho del foso hacia impracticable por allí la entrada; aumentó y fortificó las trincheras; desarboló tres grandes galeras, y juntándolas con maderos clavados, y circundándolas de botas embetunadas para que mejor pudieran sustentar el peso de la artillería, hizo de ellas unas grandes baterías móviles y por espacio de muchos dias fué batida incesantemente la ciudad por mar y por tierra. Defendíase bravamente los turcos, causando mucha admiración y no poco daño á los imperiales.

Abiertas al fin varias brechas, el virey Juan de Vera, don García de Toledo y el almirante Doria, de acuerdo con el ingeniero Espinosa, resolvieron que se diese el asalto acometiendo la ciudad por tres partes, y por cada una de ellas cinco banderas. Para que no pudiese haber rivalidades de preferencia entre los capitanes y maestros de campo, se dispuso que en cada bandera fuesen indistintamente mezclados los diferentes tercios, dejando solo á los caballeros de Malta la libertad de mirse á la que quisieran elegir. Dadas las órdenes mas rigurosas para que nadie faltara á su puesto, y hecha por el virey de Sicilia la señal de arremeter (10 de setiembre), comenzó la acometida simultáneamente por los tres puntos, en medio del estruendo de tambores, trompetas y clarines en las galeras y en el campo. No cogieron desapercibido al terrible Hesarraez, que con sus turcos se defendía vigorosamente y hacia gran matanza en los cristianos; capitanes valerosos, como los españoles Fernando Lobo y Alonso Pimentel, caían mortalmente heridos; cuando la mortandad acobardaba ya á los soldados en las brechas de tierra, penetró Fernando de Silva con algunos de su compañía por uno de los portillos abiertos en la muralla de mar, y con las piedras de un pequeño parapeto de que se apoderaron, lanzándolas sobre los turcos los hicieron retroceder, tomaronles la batería y los persiguieron hasta una calle estrecha. Prodigios de valor hizo allí Fernando de Silva, hasta que cayó al suelo herido de dos balazos y dos lanzadas.

Protegido por los caballeros de Malta penetró tambien en

la ciudad el capitán Zumarraga con su gente, y atravesando estrechas calles se encontró en una pequeña plaza con el terrible Hesarraez. Trabóse allí una recia y sangrienta pelea. En el afán de tomar una casa grande que allí había, pereció el esforzado capitán Zumarraga, atravesadas de un balazo ambas sienas; mas tal era el furor de aquella gente, que heridos unos y muriendo otros, al fin los pocos que sobrevivieron ganaron la casa, matando los turcos y moros que la defendían. En esto entraron ya otras banderas imperiales, sin que Hesarraez pudiera impedirlo por mas que animaba á los suyos y peleaba desesperadamente (1). El ruido de arcabuceria que se sentía dentro de la plaza hizo conocer al virey Juan de Vera lo porfiado de la resistencia que aun oponían los turcos, y mandó entrar en la ciudad todos los arcabuceros del campo, quedando solo los piqueros y coseletes. Inundada así la población, los turcos se fueron retirando con sus mujeres y sus hijos á los torreones, hasta que muerto el intrépido Caydali, y hecho prisionero el bravo gobernador Hesarraez, sobrino de Dragut, quedaron los imperiales dueños de la población, si bien á costa de mucha y muy ilustre sangre.

Murieron en el sitio y conquista de Africa el gobernador de la Goleta Luis Perez de Vargas, los capitanes Fernando de Toledo, Fernando Lobo, Moreruela, Zumarraga, Tristan de Urrea, los alféreces Alonso de Vega, Alonso Pimentel, Amador, Sedeño, el caballero Garci Lope de Ulloa, que recibió diez y seis lanzadas, el caballero de Malta Monroy, que cansado de pelear y sin recibir herida alguna cayó desalentado de la fatiga y el trabajo, con otros muchos bravos y distinguidos españoles. Tambien sucumbieron los principales moros y turcos, que entre muertos y cautivos, hombres, niños y mujeres, pasaron de siete mil. Mandó el virey enterrar los muertos, convirtió la mezquita en templo cristiano, entró Andrés Doria en la ciudad á gozar del triunfo, y descansaron todos, que bien lo habían menester. Dejó el virey Juan de Vera en Africa á su hijo don Alvaro con mil españoles de guarnición, y él tomó la vuelta de los Gelbes á perseguir á Dragut. Hizo Carlos V de la fuertísima ciudad de Africa por algun tiempo otra segunda Goleta, para entretener á los turcos y corsarios, mas luego la mandó asolar llevando á Italia los soldados que estaban en ella de presidio (2).

Desesperado Dragut de no haber podido socorrer su ciudad de Africa, y después de haber andado pidiendo auxilios á los príncipes africanos, concluyó por ofrecerse al servicio del sultan de Turquía, siguiendo los mismos pasos que Barbaroja. Cuando al año siguiente (1551) se confederó Enrique II de Francia con Soliman de Turquía para defenderse del papa y del emperador conjurados contra él, Dragut que mandaba ya una armada turca, quiso vengar en Sicilia los daños que en Africa le había hecho el virey Juan de Vera, y corrió y estragó aquellas costas. Perseguido otra vez por el príncipe Doria, y no socorrido por los franceses como esperaba, retiróse á los dominios africanos. Alcanzado y estrechado por el almirante genovés en el canal de Cántara, y viéndose de todo punto perdido, salvóse y dejó burlado á Doria, por medio de un ardid ingenioso. Mientras aparentaba defenderse todavía de la flota genovesa, ocupó su gente dia y noche en abrir una zanja á espaldas del canal, y cuando la obra estuvo acabada, hizo arrastrar y deslizar por ella sus galeras, y las sacó por otro punto al mar, de que quedó no poco corrido el almirante cristiano. Sorprendió y tomó Dragut la galera patrona que venia de Sicilia; navegó hácia la Morea, despachó una galeota á Constantinopla dando aviso al sultan de lo que había pasado, y le pedía mas naves ofreciéndole ganar con ellas á Malta.

Al saberse que Soliman había adoptado el proyecto de Dragut de acometer la empresa de Malta, toda la Italia imperial se puso otra vez en movimiento. Nápoles, Sicilia, Génova,

(1) Hacén mencion las historias de un negro africano que antes de morir mató él solo quince ó diez y seis soldados imperiales. Este y otros semejantes casos prueban la clase de enemigos con que tuvieron que haberse las españolas é italianas en aquella empresa.—Puede verse á Sandoval, lib. XXX, párr. 55 y 56.

(2) Nada dice Robertson de esta famosa jornada y conquista de Africa, á la cual dedica Sandoval casi todo su libro XXX.



Cerdeña, Córcega, los vireyes, los almirantes y generales de mar y tierra, los maestros, comandadores y caballeros de la orden, todos se apresuraron á acudir á la defensa de aquel baluarte de la cristiandad en Oriente, y á aumentar los presidios de las vecinas islas y á fortificar las plazas de una y otra costa del Mediterráneo. Aparejó en efecto el Gran Señor su armada contra Malta, de que hizo almirante á Sinan, dándole por asociados y consejeros á Salac y á Dragut. Llegó la flota otomana á Marco Mujeto (18 de julio, 1551), donde saltaron á tierra mil y quinientos genizaros, que tuvieron alguna escaramuza con los arcabuceros del gran maestro. Tembló á este la barba, dice un historiador, cuando supo que Sinan iba resuelto á tomar á Malta, y eso que se hallaba fuerte y bien provista. Tanto, que cuando el almirante turco se acercó á reconocer el castillo, al encontrarle tan fuerte reconvinó con aspereza á Dragut diciéndole que había engañado á Soliman. Señor, respondió el corsario con entereza: *quien no aventura no ha ventura*. Con esto, y para que no se dijese que no aventuraba, mandó desembarcar cinco mil hombres que hicieron sus estancias en las puertas del arrabal del castillo; mas habiendo salido algunos comandadores con buen golpe de arcabuceros y hecho gran descabro en los infieles, abandonó Sinan cobardemente la empresa de Malta, y pasó con su ejército y sus naves á la vecina isla de Gozzo, de la cual se apoderó con muerte del comandador Sese, que la defendió con heroísmo. Hicieron allí los turcos seis mil cautivos, hombres y mujeres, y Dragut incendió la poblacion y taló todos los árboles de la campiña.

De allí pasó Sinan á Trípoli con su armada, y desembarcando con mas de seis mil hombres y cuarenta gruesas piezas de artillería, las asedió contra el castillo del puerto. Por traicion de un francés que se descolgó de las almenas, supo que las torres mas flacas eran las de Santa Bárbara y Santiago, y mudando las baterías combatió aquellas torres hasta demolerlas. En esto llegó al campo de Trípoli el embajador francés que iba á Constantinopla y había estado en Malta: conferencia con Sinan, habló tambien aparte con algunos comandadores de San Juan de los que defendían la plaza, les persuadió sin duda de que no pudiendo sostenerla debían rendirla, saliendo ellos libres y ofreciéndose á conducirlos á Malta en sus galeras, y merced á las intrigas del francés, como de público entonces se dijo, entregó el comandador Simon de Losa las llaves de la ciudad (14 de agosto, 1551), pasando de esta manera la ciudad de Trípoli á poder de turcos, al cabo de cuarenta años que la poseían los cristianos. Con esto regresó la armada turca á Constantinopla, llevando Sinan al Gran Turco su amo por fruto de su expedición la conquista de Trípoli, ya que no pudo llevar la de Malta. Criminales debieron ser los comandadores de la orden que defendían á Trípoli y á quienes habló el francés, cuando el gran maestro, instruido un proceso y oídas sus confesiones, con acuerdo del consejo mandó ahorcar los seglares y degradó á los eclesiásticos para ajusticiarlos tambien. Y el interés con que el rey de Francia intercedió por ellos para con el gran maestro, demostraba que no sin razon se había achacado á manejos del monarca francés la rendición de Trípoli al turco.

Entre las pérdidas que los infieles ocasionaron á Carlos V y que acibararon mas los últimos tiempos de su reinado, fué una, y tal vez para él la mas sensible, la de Bugia en la costa de África y reino de Tremecen. Esta antigua é importante ciudad, una de las mas gloriosas conquistas del conde Pedro Navarro en tiempo de Fernando el Católico (1510), y que llevaba treinta y cinco años de pertenecer al dominio de España, fué acometida en 1555 por el gobernador moro de Argel con un ejército de mas de cuarenta mil hombres, por tierra y por mar, con veintidos bajeles. Guarneciala con quinientos españoles el capitán don Alonso de Peralta, natural de Medina del Campo. De los tres castillos que protegían la ciudad, el uno le abandonaron los cristianos no esperando poder defenderle: el otro costó á los moros cinco dias de combate, á pesar de hallarse en él solamente cuarenta españoles; y el tercero, que era el mayor y el mas fuerte, fué batido por espacio de veintidos dias, hasta que á Peralta le faltó el ánimo mas pronto que los medios de defensa, y le entregó

al moro, bajo el seguro que este le dió de dejarle ir libre, á él y á todos los que con él estaban (27 de setiembre, 1555), y de trasportarlos á España en sus bajeles. Entregada así tan cobardemente la ciudad, y perdido por la flojedad ó la perfidia de un hombre en un dia lo que tantos años y con tanto trabajo se había estado conservando, el moro no cumplió lo ofrecido sino en cuanto á Peralta y otros veinte de sus mas allegados, á quienes condujo á España, y á todos los demás los tomó por cautivos. En la indignacion que causó á Carlos V tan sensible pérdida, no perdonó al mal defensor de Bugia. Acusado Peralta por el fiscal imperial, y condenado á muerte por el consejo, fué decapitado en la plaza de Valladolid, despues de haberle hecho pasar por la afrenta de ser llevado públicamente por las calles con toda su armadura, y de irle despojando pieza por pieza á voz de pregon en cada plaza ó paraje mas público, hasta llegar al patíbulo.

Tal era el estado de las posesiones españolas é imperiales de una y otra costa del Mediterráneo, y tal el resultado de las guerras marítimas del emperador con el sultan y con los corsarios turcos y moros, cuando Carlos V anunciaba, segun dejamos indicado en el anterior capítulo, su propósito de aliviar sus hombros de la pesada carga de tantos cuidados y de tan vastos dominios.

## CAPÍTULO XXXI

### ESPAÑA

#### El príncipe don Felipe.—Su infancia y juventud

DE 1527 Á 1551

Nacimiento de Felipe.—Es jurado en las córtes de Valladolid.—Su infancia: su educacion física y moral.—Muerte de la emperatriz su madre.—Notable conversion al abrirse su fétero.—Rasgos del carácter de Felipe.—Es jurado en Aragon.—Su casamiento con doña María de Portugal.—Solemnes bodas.—Nacimiento del príncipe Carlos.—Muerte de la princesa doña María su madre.—Muerte del cardenal Tavera.—Sucesión del obispo Silíceo, maestro del príncipe.—Muerte del secretario Cobos.—Córtes generales de Aragon, presididas por el príncipe.—Creacion del cargo de cronista.—Llama Carlos V su hijo Felipe á Alemania.—Notables instrucciones que le envió.—Córtes de Valladolid.—Casamiento de la princesa María con Maximiliano de Austria.—Quedan de gobernadores de España.—Marcha de Felipe á Flandes.—Festéjanle á competencia en Italia, en Alemania y en los Países Bajos.—Su llegada á Bruselas.—Es jurado heredero y sucesor en Flandes.—Recorre las ciudades de Flandes, Brabante, Luxemburgo y otros estados.—Fiestas públicas.—Desagradable impresion que su presencia produce en los flamencos.—Carlos y Felipe en la Dieta de Augsburgo.—Pretende el emperador hacer reconocer á Felipe sucesor del imperio.—Resistencia que encuentra.—Negativa.—Vuelve Felipe á España con plenos y amplísimos poderes para regir y gobernar el reino.

Gobernaba hacia muchos años la España, á nombre y durante la ausencia del emperador y rey, su hijo único varon el príncipe don Felipe. Así por esta circunstancia, que nos conduce á dar cuenta de los sucesos interiores de España desde que los dejamos pendientes por seguir al emperador en los negocios generales del imperio, como por haber sido este príncipe el que despues con el nombre de Felipe II sucedió á su padre en esta vasta monarquía y se hizo tan famoso y célebre en el mundo, creemos conveniente dar á conocer desde su mas tierna infancia al que estaba destinado á regir por tantos años los dominios españoles, en el tiempo que llegaron á su mayor grandeza, extension y poderio. Que es privilegio de los hombres que han adquirido una gran celebridad histórica, interesar de tal modo, que no hay incidente ó circunstancia de su vida, por mínimo que parezca, que no excite, si no un verdadero interés, por lo menos una no extraña curiosidad. Sin embargo, como no sea de nuestro propósito hacer las biografías de los reyes, sino la historia de la nacion, tendremos que limitarnos á consignar aquellos rasgos de su vida que, ó tengan relacion con los negocios públicos y la gobernacion del Estado, ó de algun modo contribuyan á dibujar el carácter del hombre, ó la índole y fisonomía de su época ó de su siglo.

El deseo de Carlos I de España y V de Alemania de tener

sucesion varonil que heredara en su dia su trono y sus coronas, y el placer con que España ha visto siempre el nacimiento de los príncipes herederos, se vió cumplido el 21 de mayo de 1527 en Valladolid. Púsose al hijo de Carlos de Austria y de Isabel de Portugal el nombre de su abuelo paterno, y derramó el agua bautismal sobre la cabeza del niño Felipe en la iglesia del monasterio de San Pablo de aquella ciudad de Castilla el arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca (1). Mas la alegría y satisfacion de los pueblos se vió en gran parte turbada por una orden del emperador mandando suspender las fiestas y regocijos públicos con que se iba á celebrar y solemnizar en el reino el nacimiento del príncipe. Aquella orden era motivada por el sentimiento y pesadumbre que, si no tuvo, demostró al menos el emperador por el asalto y saco de Roma, y por la prision y cautiverio del pontífice Clemente VII que por aquel tiempo acababa de hacer el ejército imperial al mando del duque de Borbon, con escándalo de toda la cristiandad: acaecimiento de que dimos cuenta en nuestro capítulo XII, y el mismo que motivó el edicto imperial mandando hacer en todos sus dominios rogativas públicas por la libertad del pontífice que tenia preso y bajo su custodia un general español.

Al año siguiente (19 de abril, 1528), fué reconocido y jurado el príncipe Felipe por las córtes de Castilla heredero y sucesor del reino, en el monasterio de San Jerónimo de Madrid. Crecía el niño Felipe al lado de su hermana la infanta doña Juana, y al cuidado de la emperatriz su madre y de don Pedro Gonzalez de Mendoza su ayo, los cuales residían alternativamente, buscando los lugares mas sanos en cada estacion, entre Madrid, Ocaña, Toledo, Aranjuez, Avila y otros pueblos de Castilla. A los cuatro años de edad mostraba ya el príncipe una capacidad intelectual no comun; notábanse en él ciertos rasgos de ingenio; enojábase y se enfadaba con facilidad; en sus juegos infantiles gustábasele jugar, y él era el que ordenaba las justas: cabalgaba ya él solo, y era arriesgado y travieso, tanto que su madre tenia que castigarle á veces formalmente, y aun ponerle la mano (2).

(1) Desde aquí comenzaria nuestra tarea (si fuera posible y conveniente seguirla) de notar la multitud de invenciones con que escritores aduladores y parciales han sobrecargado la historia de Felipe II, adulterándola y desfigurándola á su placer y autojo.

Hay quien asegura muy formalmente que se le puso el nombre de Felipe, porque Felipe ó Felippo, significa *Filius pius, hijo piadoso*, porque tal habia de mostrarse en sus acciones. Y en verdad que si así fuera, es menester confesar que en su abuelo, que se llamó lo mismo, estuvo bien léjos de corresponder la conducta del sujeto á la etimología del nombre.

Con la misma formalidad nos enseña el propio autor que su madre soñó muchas veces que llevaba en su vientre un *Mapamundi*, y que luego se explicó bien el sueño, porque se vió que ningun monarca del mundo habia sido tan rico en estados y señoríos. Que á la hora del parto, sintiendo aquella magnánima señora muy fuertes y extraordinarios dolores, avergonzándose de que la vieran sufrir, hizo apagar las bujías por espacio de seis horas que aquellos duraron; que aconsejándole los que estaban cerca que no se abstuviera de quejarse por ser cosa muy natural, respondió ella que «la muerte misma no le arrancaría un suspiro del pecho, ni una lágrima de los ojos, porque la consolaba la esperanza de que pariría un príncipe que fuera causa de alegría y no de tristeza para sus pueblos.» Y añade, que el duque de Nájera andaba diciendo despues por todas partes: «De otras mujeres nacen hombres, de nuestra emperatriz nacen ángeles.»—Véase Gregorio Leti, Vita di Filippo II, parte prima, lib. IV.

(2) Felizmente tenemos noticias auténticas de la niñez de Felipe, que confirman lo que dejamos expresado. Tales son los siguientes párrafos de cartas que hemos tomado de la curiosa correspondencia de su ayo don Pedro Gonzalez de Mendoza con el emperador su padre, en que le va informando del estado del príncipe y de sus progresos. Consérvase original en el Archivo de Simancas, Estado, legajo núm. 22.

«El príncipe está tal que de un dia á otro se halla gran mudanza en S. A.: no se puede excusar de contar algunas cosas de las que dice y hace, porque son dinas de memoria. V. M. preste paciencia al corrimiento de padre. Este dia pasado le suplicaba una dama que recibiese un paje y nunca quiso, y decia que tenia muchos, que no lo podia tomar, que lo diesen á su hermana que no tenia ninguno; dijéronle que ella no tenia pajes tan presto: respondió enojado: pues busca otro príncipe, que por esas calles lo hallarás. Desto hubo tantos testigos que V. M. lo puede muy bien creer. Su pasatiempo es ordenar justas á los niños, y las lanzas son velas encendidas, y paran los encuentros en el dotor Villalobos donde vienen á morir, con el cual suele S. A. enojarse algunas veces

Encomendada despues su crianza á don Juan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla, y su educacion literaria al doctor Juan Martinez Silíceo, teólogo de la universidad de Alcalá y catedrático en la de Salamanca; á los nueve años (1536), progresaba el príncipe Felipe en el estudio de la doctrina y moral cristiana, de la aritmética, de las lenguas italiana y francesa, y de la gramática latina, si bien esta se le hacia harito penosa, y tardó en vencer las dificultades de su artificio (3). Ejercitábase al propio tiempo en cabalgar, y en otros

porque no le quiere dar de comer todo lo que quiere. Es tan travieso, que algunas veces S. M. se enoja de veras; y ha avido azotes de su mano, y no faltan mujeres que lloran de ver tanta crueldad. V. M. crea que da mucho placer á S. M. y aun toda la casa goza de lo que ven hacer. Otras muchas cosas se podrian decir, y algunas de la Señora Infanta dejallas e para cuando yo vaya por tener que llevar.»

En otra autógrafa del mismo, fecha en Ocaña á 15 de abril (año 1531) hay el párrafo siguiente:

«La Señora Infanta crece y engorda cada dia, y pónese en hacer un sarao cuando sea de veinte años, y el Príncipe la entretiene como gentil galante. Plega á nuestro Señor que V. M. los vea presto y los goce muchos años, que no se han visto tales dos criaturas jamás. La incredulidad que Vuestra Majestad suele tener de semejantes cosas hace que no ose naide atreverse á contar lo que dicen, lo cual sé harian largamente si para ello uviese licencia.

«S. A. está sin reliquia de la dolencia con que salió de Madrid, y a engordado y arreciado; nunca está quedo, conoce las calidades de las personas que le sirven como si pasase de diez años, y con S. M. pasa buenas cosas. Guarde y acreciente nuestro Señor la vida y Real persona de Vuestra Majestad con acrecentamiento de mas Reynos y Señoríos. Fecha en Ocaña á 15 de abril.—S. C. C. M.—Los Reales piés de V. M. besa su vasallo.—Pero Gonzalez de Mendoza.»

En otra del mismo al emperador, fecha en Ocaña á 30 de abril, hay el párrafo siguiente:

«S. M. (la Emperatriz) á Dios gracias, está mejor cada dia, y el Príncipe é Infanta ansy mismo. El deseo de la venida de V. M. impide no ser esto en mas cantidad. Fué esta semana pasada á Aranjuez, y estuvo tres dias: olgó mucho y anduvo en *carretas* mas de dos leguas y allase muy bien. Preguntábame cómo eran las de Flandes, y deseando tener dellas, dije que lo escribiría á V. M. y la suya se rió y díome licencia para que lo hiciese. V. M. debe mandar que traiga Domingo de la Cuadra un par de carros de los de Madama que haya gloria, ú de otros si los uviere mejores, y caballos para ellos, que será la cosa con que S. M. mas olgará. Y ansí lo ha hecho con saber que trae las hacaneas.

«El Príncipe fué con S. M. y anduvo en su mulica solo y hallóse muy bien, en el campo comió mejor y durmió que lo hacia en el lugar. No podian con él que entrase en las carretas con S. M. deseaba que llevasen allá á la Señora Infanta, que se halla muy bien con su compañía, por donde le parece que no será mal galan. Dios lo guarde y la Real persona de V. M. acreciente con mas Reynos y Señoríos. Fecha en Ocaña á 30 de abril.—S. C. C. M.—Los Reales piés de V. M. besa.—P. Gonzalez de Mendoza.»

#### Carta autógrafa de Pedro Gonzalez de Mendoza.

«S. C. C. M.—S. M. partió de Ocaña el miércoles y viene muy buena, y mas gorda que ha estado despues que vino de Portugal. El Príncipe y la Infanta tales que dan mucho placer á la Emperatriz nuestra Señora. S. A. salió de Toledo en un machico pequeño, y no quiso que le sentasen en la silla sino los piés en los estribos. Salimos á pié de una parte el marqués de Lombay y de otra yo teniéndole, y la gente cargó tanto para velle que no se podian hender las calles, y diciendo á S. M. cosas para reir y muy alegre de verse cavalgando. Las bendiciones del pueblo no heran pocas ni el contentamiento que les quedó de velle. Oy a salido á ofrecer sus años que son cuatro y parece de mas. Plega á nuestro Señor que ofrezca tantos como S. M. desea y todos hemos menester. En tardando correo tiene S. M. pena y por esto devyan apresurar. Porque desde catorce hay cartas de V. M. y si fuesen con nueva de la bienaventurada venida á estos Reynos, no serian mal recibidas. Guarde y acreciente nuestro Señor la vida y Real estado de V. M. con mas Reynos y Señoríos. Fecha en Illescas á 20 de mayo.—S. C. C. M.—Los Reales piés de V. M. besa.—Pedro Gonzalez de Mendoza.»

Omitimos, para no ser difusos, otras muchas cartas, que tenemos, sobre la crianza, educacion, adelantos é inclinaciones del príncipe en su primera edad.

(3) Sabemos estos pormenores por las cartas, que originales hemos visto, del maestro Silíceo al emperador, dándole cuenta de los adelantos del príncipe.—El estudio del Príncipe, le decia en una de ellas, cuanto á la gramática ha sido algo penoso, porque se le ha hecho dificultoso el tomar de coro; ya, bendito Dios, va mostrando mas voluntad y mas provecho, porque comienza ya á gustar del artificio de la gramática: en lo demás de su salud y virtuosa conservacion, sé decir que cada dia crece, y da mucho contentamiento á los que le conversan. La Infanta en el leer